

# Un mirador con anfiteatro a la mar

Dedicado a mis muy queridos amigos y oyentes de Errenteria

José Ignacio Salazar Carlos de Vergara

Cuando transcurridas décadas de lo hoy transcrito en este artículo, generaciones futuras de errenterianos se asomen al balcón del Mirador de Capuchinos como acto natural, en ese futuro sinóptico que supongo, pensarán la mayoría que fue atalaya singular este enclave, nacida por generación espontánea. Posiblemente, usándola sin conocer lo que hoy ha adjudicado el gobierno de Juan Carlos Merino como obra de mejora del Parque José Manuel Zamarreño, con un montante de 370.000 euros. Otras buenas gentes del futuro, con infección sentimental y culta, releerán algunas crónicas y verán imágenes transparentes proyectadas en el éter, en un galáctico Internet, hoy impredecible, sobre estos días de primavera del lejano año 2010. Se interesarán por lo que sucedió en este entorno de excelencia sobre la bahía de Pasajes. Pero no llegarán a comprender jamás la emoción que suscitó esta obra en el otoño del año en cuestión.

Seguirá este promontorio centinela en el 2080, 2090... y aunque los habitantes mantengan un tono olvidado y mágico hacia el trabajo de mejora en nuestro hoy, seguirán desgastando turísticamente esta pérgola y esparciendo su mirada vigía, confundiénola con el horizonte perdido que

divisa su cumbre. Es el futuro. Y es un mojón y un baluarte imperecedero, que ha acaparado a la bella Errenteria de cara a la mar, como patrimonio señorial y que le da carácter cosmopolita

Mi historia es como la de cualquier otro. Seguramente más de un lector sentirá, como yo, la búsqueda del espacio perdido entre aquellas mañanas o tardes por la vetusta atalaya, alrededor de los manjares y ambiente *euskaldun* de un case-río entrañable, escuchando el griterío de gentes hoy desaparecidas, en derredor de una bota de vino, un mosto, un *amaiketako* en su cenáculo con acordeón o una verbena después de una boda de las que tardaban en romperse más de dos años. La belleza de este lugar se encontraba en la sencillez de una gente de Errenteria y de más allá, en ese ambiente hermosamente melancólico, que hoy nos parece quieto y silencioso y que nos evoca, extraña y estimuladamente, el pasado festivo en el mirador del Versailles.

Acudía al lugar con mi padre, los domingos. Él llevaba su raída cazadora de piel cuarteada y cuando se encontraba en casa después de sus viajes, solíamos ir a pasear y almorzar por aquel lugar en desvencijada forma, que hoy será remodelado. No éramos ricos, pero sí felices. Solía contarme

mi padre, con algunas palabrejas no entendibles que, por allí, descansaban todo tipo de gentes: los burgueses, los caseros, los patronos, la señora Ezequiela, los obreros de Luzuriaga, los de El Puerto, los de la sociedad Lore Txorta, de pocos ricos del pueblo o de Felisa, nuestra vecina del piso de abajo. Casi utilizaba mecanismos de crónica periodística, mientras caminábamos en solitario o contemplábamos la mar, al tiempo que nos extendían la mano muchos amigos con los que tropezábamos. Y yo le preguntaba: ¿y nosotros qué somos? Él siempre me afirmaba lo mismo: somos hijos de Dios; ¡los demás, ellos sabrán! Yo no entendía toda la sutileza de la expresión, ni siquiera que era una broma privada.

¡Cuántos años pasados ya! ¡Cuántas décadas que transitábamos juntos al borde de la orilla del mirador! Decir que pasé jornadas a su lado con los ojos cerrados, sin valorar la belleza de la cumbre, el paseo, a mi padre en los domingos monótonos o lo que le hubiera gustado, en la balaustrada, a su lado, que le exclamara: ¡Papá! Pero cuando se tienen diez años, el corazón no es lo suficientemente grande como para albergar esas espontaneidades y reacciones que hacen felices a nuestros mayores. Todo esto sucedía en el Mirador.

Ahora que escribo sobre este promontorio con balcón a la mar, cuando él está muy lejos, rememorando todo esto, pienso en cómo me gustaría que hoy estuviéramos los dos juntos, como

antes, él bien cerca de mí, y pudiéramos descubrir la reencarnación de su lugar favorito.

No sé por qué es tan mágico y melancólico el tiempo pasado y sus cosas olvidadas. Hoy, las emociones de aquella época encantada de mi vida fluyen y me anegan el alma mortal que tengo. Es como "La Fontana de Trevi" que nunca se ciega y que torna a brotar cada día, cada instante cuando atravieso ese lugar de Errenteria que, con agua, sol, con o sin novia, fuegos artificiales, siempre, me encanta y entristece. Yo era feliz del todo, con mis inquietudes, mis timideces, mis problemas, mis temores, mis exámenes y mis penas; ahora, no me lo explico del todo pero, descansar la mirada en este enclave, me refresca la sequedad que nos da la vida y suaviza el pedernal de nuestro sentir de hoy.

Lo mejor que tiene el ser humano es que olvida lo perverso porque, a pesar del yuyu que dan las fotos en sepia caducadas, el sol del ayer siempre era más limpio, el firmamento más azul, el horizonte de la bahía más espléndido e ignoto, las callejuelas de Errenteria más grandes, sus avenidas más espaciales y el humano de al lado, más solidario e inocente y nos entristece sentirle ausente. Nada es eterno pero sí mejorable. Y nada es tan antiguo que no pueda mejorarse.

En muchas ocasiones veía desde este mirador cómo pendía hasta la marítima aquel monte que





había; cómo descendían velozmente los zarzales enredados por entre aquella carretera embarrada en sus charcos, habitada por dignos calés, recorrida por los saltos de apresuradas ratas, al fondo de la cual ennegrecían las casas de Pasajes. Y llovía algunas tardes, y hacía viento y todo el sirimiri del mundo que, hoy, me encanta y languidece.

Nada perdura, aunque busquemos la eternidad; qué más deseáramos que la mirada sobre aquellas gentes y piedras fuera para siempre jamás, pero se nos fue tan rápido el pasado que apenas hoy nos resta un pequeño souvenir de cuando paseaba con mi padre por Capuchinos; donde tuvimos un amigo o una novia..., en el rincón donde almorzamos..., poco importa todo esto a los demás, pero a mí sí.

Y si algo me marcó este lugar, es algo que aprendí en él y que, años después, me lo descubrió el director de cine Peter Greenaway, que tenía dos obsesiones recurrentes en su cine: la pintura fotográfica y el complot inteligente. Siempre digo que nací al periodismo y a los audiovisuales, inspirándome desde el minarete con un entretenimiento escrito o narrado y elaborando una herramienta artística en el encuadre fotográfico de la Bahía contemplada, al otro lado de la cual exploraba enigmas que me parecían irresolubles, más allá de la mar

abierta, en la Cólquide del océano. Años después, cuando he intentado resolverlos, siempre he sabido lograrlo en el amable recuerdo de aquellos mis días infantiles en el actual Mirador de José Manuel Zamarreño.

Mirador por excelencia para la vigilancia y control militar de los accesos al puerto de Pasajes, hoy deambular de recreo y amistad. Es imposible no cruzarse con alguien en su recorrido y no saludarle; es un misterio. Es como una gran mujer: instintivo y cambiante, enigmático y acogedor. En su césped y recorrido hay bondad, como la de sus sencillos paseantes. Tal vez sean afables por la sonrisa benigna de la mar; afectuosos por la brisa que acaricia; aunque el océano nos indica el recelo y la prudencia, la mar aplasta también. El Mirador de Zamarreño.

En el año de 1999, el Pleno de la Corporación de Miguel Buen Lacambra daba este sobrenombre al mirador de Capuchinos, de quien fuera vecino de este barrio y asesinado por ETA un año antes: José Manuel.

Aún recuerdo el día en el que interrumpimos nuestras emisiones y una compañera se desplazaba a Capuchinos, llenando de congoja a los que seguían, desde el estudio o al otro lado del dial,

la narración escalofriante del crimen perpetrado. Y quiero aprovechar para citarles: Lourdes, Malen y Xuria, porque lo pasaron muy mal. Allá donde se encuentren, mi gratitud por aquel día. Y quien les escribe vio el cuerpo, el de un hombre que no quiso desertar de su ciudad, a pesar de la hostilidad y la presión, con un aún caliente asesinato de José Luis Caso o la partida dramática de Concepción Gironza. Me aproximé al lugar del crimen, por donde caminó sus últimos pasos la víctima. Volvía Manuel de comprar el pan y un grandísimo loco a su paso, le hizo explotar una motocicleta bomba. Me quedé mudo y ese día comprendí para siempre lo que es sentirse y ser víctima. Un cuerpo sin vida, junto a las barras del pan y restos de metralla; semidesnudo; exhibido sin pudor; expuesto a la caza de buitres y de algún maleducado cameraman, de esos que te clavan la cámara donde te golpee y que pillaron una azotea para ensañarse lo más altamente posible, en un contrapicado repugnante, con aquel cadáver inocente. La sinrazón que había puesto luto a la vida humana. Aún lo rememoro y me escupe la boca desazón y mucha melancólica tristeza. Tengo grabado en mi ser, un documental que me reconstruye con solvencia todo el horror de un crimen extremo; por mi profesión, aquella mañana, contemplé la muerte en directo.

Hoy, su nombre servirá para titular una obra en la que, los errenterianos, han puesto gran expectación. Por un lado, por encontrarse el vial ciclista que une Errenteria con las poblaciones limítrofes, que mejorará el recorrido del carril-bici modificando su entronque con el viario exterior al parque. Carril-bici que coexiste con lo peatonal, con lo cual se mejorará infraestructuras, accesibilidad y comunicaciones viarias en el ámbito urbano de Errenteria. Lejos hoy de aquellos mis domingos en la zona y de suponer que, décadas después, la bicicleta que llevaba rodando por entre laderas hoy desaparecidas, cobraría en estos comienzos del siglo XXI un desconocido entonces impulso de transporte sostenible y respetuoso con el medio ambiente.

Se regenera también un espacio del parque adscrito al colegio público Cristóbal Gamón; espacio que cuenta con un acceso directo desde el colegio y otro desde el parque, cerrado al público a ciertos horarios. Se mejorará el acceso al colegio con su nueva puerta, que se desplaza para que el desnivel entre el centro escolar y la zona de juego se conecten mediante rampa. Desde el mañana, los juegos se diferenciarán en dos zonas, diferenciando edades, modernizándose el entorno lúdico. Protegidos con corcho de seguridad, ganarán en tranquilidad



Es una zona que me sorprendía lo degradada y obstaculizada que se situaba. Aunque no me quejo de mi pasado-niñez, a vueltas y revueltas el entorno. Qué pena no haber nacido hace poco y poder disfrutar en un futuro cercano de los nuevos espacios con juegos que vendrán a este lugar, tanto infantiles como aptos para diversas edades, sin barreras arquitectónicas; no como en aquellos mis días, cuando serpenteábamos entre escarpados, resbalando y sin protección de caucho y éramos capaces de inventarnos un universo propio sin límite de paraíso. Cuando todo era disperso, aventurero y los senderos estaban recorridos por imprevisibles peligros que acechaban, y nosotros como si nada. Cuando nos salíamos con la nuestra, en el radio de acción de nuestras chiquilladas, con más sentimentalismo que motivaciones éticas; éramos niños.

Mejorará la calidad natural y ambiental del mirador y sentiremos otra dimensión al apreciar las panorámicas divisadas desde esta terraza. Aunque, nuestro horizonte oteado, desde el mirador, no es agresivo o de cielos brillantes, despejados por alisios y alumbrados como en los trópicos. Ese infinito es de cielo más nublado y melancólico, con esos sirimiris que nos acarician; y a veces sale el sol y en otras ocasiones se disfruta de la mar embravecida, ensanchándose en forma de explanada rugiente, admirando entonces a un potente grueso de mar batiéndose furiosamente contra las rocas de la entrada al puerto.

En sus tiempos, en los siglos XVII y XVIII, cuando las mujeres remeras, se divisaba el puerto que era más rocoso y accidentado. También, por algunas partes, un fangal negruzco. La bahía era visitada por fragatas y bergantines. Había innumerables maderas de barcos desguazados y rampas con carriles en medio. Y se divisaba a aquellas hadas de "Pasages": las bateleras. Con su sombrero, pendientes, camisa, chaqueta, saya interior, saya exterior y alpargatas y sus zapatos de cuero para los días buenos y zuecos de lluvia para las tempestades. Ágiles, que transmitían fuerza muscular y soltura de lengua. Envejecían pronto y afeaban antes, expuestas a la intemperie.

Hace muchísimos años, varios siglos, alguien las vio un día, a Vicenta Iraregui Guruceaga y a Juana Santos Echeverría, en corriente contraria a la dirección que llevaban, moviendo como si nada la lancha que transportaba varias personas aterrorizadas.

En el siglo XVII, desde el anfiteatro del mirador, los viajeros seguían y daban testimonios de sus aventuras, observando la fuerza muscular y el desparpajo de aquellas barqueras varoniles y peludas que, sin temer a las tormentas, acudían con chalupas a atoar y meter en el puerto los galeones del Rey y de Terranova, con gran destreza y valor. Que recibían al marino de ultramar o a la gabarra de su Majestad, tañendo panderos y cantando canciones de su tierra. Que cobraban tres y seis reales de vellón y que servían a Padres Capuchinos, Regidores, predicadores de cuaresma y adviento, reyes, escritores, marinos borrachos, "Cargohabientes" o al Padre Guardián. Casadas y solteras, fueron únicas. Eran inmensas mujeres.

Hoy podremos recrear todo este pasado y avizorar el presente desde más puntos del parque. Apoyados en un suelo remodelado y acostados también sobre otras barandillas y rodeados de cierres en zonas con desniveles peligrosos; reubicando jardineras, bancos y papeleras.

En el final, vuelvo al pasado, esa lluvia que mojaba mi "sira", que se decía en la niñez, me parecía la sonrisa del viento que nos acariciaba en nuestros paseos, en los que descubrí El Mirador de Capuchinos. Y cuando volvía el buen tiempo por unos instantes y las nubes corrían vertiginosas, era como el guiño de la primavera. Eran tiempos melancólicos desde el recuerdo de hoy. Cuando avanzábamos mi padre y yo con precaución, afirmando el paso, aquellos domingos descritos. Cuando las olas, al final de la bahía, en ciertos días, lo retemblaban todo; rugían con voz ronca entre la tiniebla que ocultaba un estrepitoso mar que era una algarabía de clamores, desengaños y lamentos.

Hoy nuestro mirador gana mucho con su remodelación, pero sin desmemoriarle en el terreno de la fábula romántica, con su aire retro y acento fantástico. ¡Que lo disfrutéis!